

LA IGLESIA DE VILLAMORÓN

Raúl Guerra Garrido

Un sol de justicia que por sorprendente se agradece, por aquí lo habitual es el cierzo, y en invierno, no pocas veces, nieve. Cuando nieva y mucho tiempo después, lobos y perros con carranca. Tierras de pan llevar, todavía de espigas verdes que amabilizan el tiempo con sus oleadas marinas, hay brisa y no prisa, menos mal. Castilla es un mar de adobes y horizontes. Toma las de Villadiego, acércate a Villegas, diez habitantes, a la casa del cura, y un juvenil Santiago Orcajo de Juan, motorizado en viejo Citroën, con mucho gusto y más entusiasmo te mostrará la iglesia de Villamorón, inmediato pueblo de cero habitantes. El paisaje es idílico, ese que siempre nos atrajo a los urbanitas en las tertulias de café o rebotica.

- De ésta no pasa, estoy hasta ahí de atascos, urgencias y novedades teatrales, el próximo fin de semana me voy a un pueblo deshabitado y allí me instalo de por vida.
- ¿Distingues un chopo de un abeto? ¿Una avutarda de un avepresta? ¿Conoces el cupo europeo de la leche?
- No importa, aquí una casa rural convertida en hotelito con encanto es un negocio del que se puede vivir. En cuanto tenga tiempo me instalo.

Es el sol. La iglesia es un hermoso edificio con la arcangélica y equívoca proporción que han de tener los que se alzaron entre tardorrománicos y protogóticos, todo un trampantojo, un rompe esquemas, un nido de símbolos y milanas bonitas. Muy en la línea, en las proximidades, de la primera ruta cultural europea, o sea el Camino de Santiago, de por Sasamón y tierras de pan llevar, de cuando los motines del pan, el *pandemonium* que se inició en el Canal de Castilla: “Almuerzo cuando lo dan/comida cebolla y pan/y a la noche, si no hay olla/vuelta al pan y a la cebolla”. Se recuerdan los incendios, es el sol. Entrás por el atrio y pisas una lápida, todo atrio es un cementerio. “¿Y cuál sería tu epitafio?”. No lo dudas: “Lo intenté, lo siento”. Por más que mal empezamos si ya lo sientes. La Iglesia de Santiago Apóstol fue declarada “bic”, bien de interés cultural,

declaración que no actuó en calidad de detente frente al bloque de piedra de la bóveda, iluminado por muy coloridas pinturas barrocas, que con la noticia se vino abajo como ahora se nos viene la dovela que si nos pilla lo del epitafio ya no tiene remedio. A pesar de que sí, de que está en trance de restauración de emergencia, toda ella encabestrillada para que asienten los cimientos y este espectacular lujo arquitectónico sobreviva. Sin vecinos alrededor, lo que esta iglesia necesita son fieles, fieles Amigos de Villamorón que se comprometan en la operación de salvamento, gente que habite la ilusión de no perder algo tan bello, frágil e irrepetible. Me comprometo a difundir la voz de alarma y ese es el tema de la tertulia. Suena el silencio de un cielo difícilmente azul y en lontananza un eco. Alguien a lo lejos del páramo hace sonar una bramadera o zumbadora. Es el eco del túnel del tiempo. Por entre los rostros hieráticos de los capiteles y las inquietantes fauces de las gárgolas se desliza el escalofrío de tanta belleza e historia acumuladas. Villamorón existe y bien merece algo más que el pasmo de una visita, digamos una presencia, un quehacer. Y además de la historia la naturaleza, por aquí vuelan las avutardas (lo de las aveprestaras es otro cantar). ¿En qué otro país vas a dar con tan majestuosos y grandísimos veleros? La avutarda es el ave más pesada que todavía conserva la capacidad de vuelo; vuele con ella nuestra imaginación y salvemos a este burgalés Santiago Apóstol. Quizá debiera enviar un mensaje a la *web* de Amigos del Románico, a la www.amigosdelromanico.org. Lo haré y araré en el intento.

Tertulia de la Rebotica

El Farmacéutico nº 376, 15 de mayo 2007